

El viacrucis es una tradición muy popular dentro de la Iglesia que consiste en meditar los momentos y sufrimientos vividos por Jesús desde que fue hecho prisionero hasta su muerte en la cruz. Literalmente, viacrucis significa: **camino de la cruz**. Al rezarlo, recordamos con amor y agradecimiento lo mucho que Jesús sufrió por salvarnos del pecado durante su pasión y muerte. Dicho camino se representa mediante 15 imágenes de la Pasión que se llaman estaciones.

Santa Teresa benedicta de la Cruz "Edith Stein" (mártir en los campos de concentración de Alemania, conversa al catolicismo y religiosa carmelita descalza en el convento de Colonia), en su escrito "Amor por la cruz", nos hace, en una aproximación a lo que es el sufrimiento en la vida de San Juan de la Cruz, una referencia al viacrucis insistiendo que este no se realiza solo con el mero hecho de torturarse al ver la vía dolorosa de Cristo; sino que debe llevar, a quien lo practique, a una plenitud en el amor.

Expone Edith que la visión del mundo, las necesidades, las miserias, son una realidad constante que interpelan la fe y hacen cuestionarse sobre la vida Cristiana: "La lucha entre Cristo y el anticristo todavía no se ha derimido" (Amor por la Cruz, 1a). Entonces, **¿qué relevancia tiene la realización del viacrucis? ¿Sirve de algo evidenciar el dolor padecido por Cristo en el camino al calvario a una sociedad golpeada por dolores aún más fuertes?**

Según Edith, el peso de la Cruz es la corrupción de la naturaleza, y sustraer del mundo esa carga es el sentido del viacrucis (Amor por la Cruz, 1b); es decir, devolverle la libertad a la humanidad desde el corazón del Padre como don gratuito que se emana de su amor misericordioso.

Lo anterior, no solo sucede a costa de una mal-llamada "justicia divina" que delimitó la culpa humana a un juicio en que el penitente debe hacer una expiación de la misma magnitud del pecado cometido. Sino que es un llamado aun más grande.

Para esto, Edith propone que las caídas de Cristo, camino del calvario, son las caídas de la humanidad: el pecado original, el rechazo del redentor y la apostasía de los cristianos (Amor por la Cruz, 2ª); queriendo evidenciar con esto que el Salvador, al tomar sobre sí la corrupción humana, acompaña el caminar del hombre en todas las Circunstancias.

Por ello, interpretando según su época, Edith, habla de la caída del hombre que necesita ser redimida, el rechazo que necesita ser acompañado, y la apostasía que necesita ser purificada. Pero esto, no es posible por nuestros propios medios, como lo intenta hacer un judaísmo judaizante al cual se enfrentaba ella al ver el rostro de su madre en las oraciones de la sinagoga: "veía en ella un rostro largo que no le dejaba ser libre completamente" (Historia de una familia Judía) sino desde la entrega del todo a Dios en Cristo para que este asuma la misma historia; y desde aquí, logre liberarnos.

Ahora bien, continua Edith Stein, con el camino de la cruz evidenciando los personajes que se encontraban observando el espectáculo: la madre de Jesús, Simón de Cirene y la Verónica. Con estos quiere dar a entender que no está solo Jesús en el camino (Amor por la Cruz, 2b) sino que hay quienes le apoyan en el silencio.

Al hablar de la Madre de Jesús la muestra como paradigma de un fiel seguidor; luego, al nombrar a Simón de Cirene, lo propone como aquellos que asumen el sufrimiento impuesto; y, en la Verónica muestra a aquellos que se sienten impulsados a servir sin importar las circunstancias.

Por ello, al conmemorar el viacrucis no se hace a la luz del sufrimiento y el dolor como una mera forma de angustia; sino que, al observar al Salvador sufriente, y al ver a quienes le colaboran en el camino, logremos hacer emerger de nosotros, la ayuda al cuerpo místico que es la misma Iglesia. Evidencia Edith Stein que no es en vano que, al avanzar en el viacrucis,

sea interesante ver que las ayudas a Cristo son justo después de cada caída.

No se trata, entonces, de un recuerdo piadoso de los sufrimientos del Señor, ni de visualizar la expiación voluntaria del Salvador, que hace reunir de nuevo a la creación con el Creador; tampoco es la satisfacción perversa de la búsqueda del sufrimiento, ni de aspiraciones espirituales (Amor por la Cruz, 3a), sino que es hacer cercano a nosotros, la íntima relación en el acontecer histórico de Dios en relación con su Hijo: "así como el ser-uno con Cristo es nuestra beatitud y el progresivo hacerse-uno con él es nuestra felicidad en la tierra entonces el Amor por la Cruz y la gozosa filiación no son contradictorias" (Amor por la Cruz, 3b).

De lo anterior, se puede inferir que, hacer el viacrucis, nos debe llevar a contemplar en nosotros los padecimientos y ayudar, en medio de dicha contemplación, a Cristo siendo constructores del Reino de Dios, en palabras de Edith Stein "el sufrimiento humano recibe fuerza expiatoria solo si está unido al sufrimiento de la cabeza Divina" (Amor por la Cruz, 3b).

Entonces, en conclusión, "sufrir y ser felices en el sufrimiento [...] y con todo reinar con Cristo a la derecha del Padre; con los hijos de este mundo reír y llorar, y con los coros de los ángeles cantar alabanzas a Dios" (Amor por la Cruz, 4); es lo que da sentido al meditar el viacrucis; más aún esto debe ser la vida del cristiano "hasta que se rompa el velo de la eternidad" (Amor por la Cruz 4).